

Otras ruinas

Luis Cernuda*

La torre que con máquinas ellos edificaron,
Por obra de las máquinas conoce la ruina,
Tras de su ordenación quedando a descubierto
Fuerzas instigadoras de torpes invenciones:
La carencia que nunca pudo esperar hartura,
La saciedad que nunca quiso guardar templanza;
Como dos enemigos frente a frente,
Hambre y frío de una parte, soberbia y avaricia de la otra.

La ruina ha clamado por suyos tantos muros
Sobre huecos disformes bostezando, ayer morada
De la cual sin cobijo subsiste irónico detalle:
Chimenea manchada por humo de las noches,
Idas como los cuerpos allá templados en invierno,
O tramo de escalera que conduce a la nada
Donde sus moradores irrumpieron con gesto estupefacto,
En juego del azar, sin coherencia de destino.

Intacto nada queda, aunque parezca
Firme, como esas construcciones adyacentes,
Hacia cuyos salones las ventanas permiten
El vislumbre de espejos, oros sobrecargados,
Entre los cuales discurría la vanidad solemne
De ilustres aristócratas, eminentes políticos, acaudalados financieros,
Que al hablar despertaban un eco de murmullos complacidos
Y el respeto debido al rango y la fortuna.

El recinto donde las damas, dispensando
Una taza de té, medían su sonrisa según el visitante,
Bajo de cuyos techos festejaron múltiples las bujías
Íntimas reuniones y brillantes saraos, o en ocasión más rara
El matrimonio ventajoso por dos familias esperado,
Hoy se encuentra desnudo y alberga solamente
La sede de socorros, a cuyas oficinas
Supervivientes fantasmales llegan.

* Poeta español. *Universidad de México*, noviembre-diciembre de 1954-1955, vol. IX, núm. 3-4

La discreción, reticente de estas calles,
Rumbo a las alamedas de algún parque, todas
En perspectiva acorde con el cielo moroso,
Hechas para los pasos de ocioso transeúnte,
El matinal jinete o la nocturna carretela,
Ve su color de perla por hollín mancillado,
Ofendido a diario su sosiego entre las sacudidas
Vulgares de la vida que aún subsiste.

Como desierto, adonde muchedumbres
Marchan dejando atrás la ruta decisiva,
Estéril era esta ciudad. Aquella
Que con saber sin fe quiso mover montañas;
Toda ella monstruosa masa insuficiente:
Su alimento los frutos de colonias distantes,
Su prisa lucha inútil con espacio y con tiempo,
Su estruendo limbo ensordecedor de la conciencia.

El hombre y la ciudad se corresponden
Como al durmiente el sueño, al pecador la transgresión oculta;
Ella y él recusaron al silencio de las cosas
Hasta el refugio último: el aire inviolado,
De donde aves maléficas precipitaron muerte
Sobre la grey culpable, hacinada, indefensa,
Pues quien vivir a solas ya no sabe, morir a solas ya no debe.
Del dios al hombre es don postrero la ruina.

